

A mi rotundo lábio aplicaria
 De eterna Fama la sonante trompa,
 Y elevando la voz entonaria,
 Hidalgo, tu loor en grandes himnos
 Que atónita mi patria escucharía.

Entre el aplauso entonces y la pompa
 De las voces festivas,
 Que en resonantes vivas
 Al cielo lleven tu inmortal renombre,
 Tal vez yo á gritos repetir oyera
 A par del tuyo mi dichoso nombre.

LA INDEPENDENCIA.

ODA.

CONQUE llegó el gran día
 En que glorioso el Septentrion lanzase
 La voz de *Libertad*, y quebrantase
 La horrorosa opresion en que yacia?
 Conque ha tenido fin la atroz porfia,
 La destructora saña,
 El furor exicial con que la España,
 Con cetro aborrecido
 Hizo sentir al Anahuac su imperio?
 Al mísero Anahuac, que con espanto
 Del orbe enmudecido,

Tres siglos arrastró de vituperio?
 Siglos de iniquidad, de luto y llanto!
 Qué era entónces la patria? Virgen yerta
 Duramente rodeada de cadenas,
 De triste palidez la faz cubierta.
 Trémula, inerme, respiraba apénas,
 Su blanca vestidura salpicada
 Con inocente sangre: desgrefñada
 La caballera de oro,
 Y con doliente voz y lastimosa
 Daba á los aires lamentable lloro.
 La vista lagrimosa
 Tendió por fin al pueblo de Dolores,
 Que gimiendo se hallaba sumergido
 De antigua esclavitud en los horrores.

Al punto, conmovido
 Sintió su pecho el generoso Hidalgo
 De patriótico ardor, y no pudiendo
 La opresion con su frente asoladora
 Contener de su aliento el fuerte impulso,
 Dijo alzando la voz aterradora:
Libertad á la patria. En el momento
 La grande aclamacion salvó atronando
 El ancho Ponto; resonó en la Iberia,
 Y estremeciósse el trono de Fernando.

Y el cetro sanguinoso,
 Distintivo funesto de tiranos,
 Con ruido estrepitoso
 Sintió despedazarse entre sus manos.
 Hierven en tanto en derredor de Hidalgo,
 De su mágico acentos arrebatados,
 Los pueblos del Oriente,
 Del Septentrion, del Sur, del Occidente,
 Por el fiero español ántes domados;
 Hoy de venganza y de furor armados
 Claman, corren, se agitan,
 Y á quebrantar sus hierros,
 Cual las ondas del mar se precipitan.
 Crece á cada momento
 Del pueblo el ardimiento;
 Brotan los héroes, y en el gran concurso
 El sople agitador del entusiasmo
 Con rapidez eléctrica se extiende.
 Rayon, Aldama, Allende,
 En alto levantadas,
 Vibran ya las mortíferas espadas,
 Crece y crece el ardor, crece la ira,
 Crece de la venganza el gran deseo,
 Y de la ansiada libertad se mira
 Ir creciendo el esfuerzo giganteo.

Dadme la lira que pulsó Tirteo,
 Dádmela al punto, y me vereis cual rayo
 Correr, volar y recorrer los llanos,
 Los bosques y las selvas y montañas
 Do habitan los valientes mexicanos;
 Y mi robusta voz en fieros tonos
 Mirareis con impulso irresistible
 Romper los cetros, derribar los tronos.

Mas qué fuego voraz é irresistible
 Se apodera de mí! Entumecido
 Mi corazon palpita!
 No puedo contener dentro del pecho
 La inspiracion ardiente que me agita,
 Mi espíritu se eleva, y miro abiertas
 De par en par del porvenir las puertas!

Qué espectáculo, oh Dios, estoy mirando?
 Qué gloria! cuántos héroes! Sí. . . la veo.
 Una augusta asamblea se levanta
 A la creadora voz de un sacerdote
 Allá en Apatzingan. La veo dictando
 Al nuevo mundo sus primeras leyes,
 De los fastos de México arrancando
 El nombre esclavizante de los reyes!
 Ante mis ojos brilla un libre Ibero
 Contraponiendo el pecho generoso

Al poder español en el Sombrero!
 Oh asombro sin igual! mi vista alcanza
 A un semi-dios en ademan grandioso,
 Hollando la cerviz de la venganza!
 Mas léjos se descubre sobre un monte
 Del Sur al héroe la indomable frente,
 Ornada de laurel inmarcesible!
 En su mano robusta, omnipotente,
 Ved cuál brilla la espada irresistible!
 Un héroe de los bosques abortado
 Sostiene entre borrascas turbulentas
 El timon ponderoso del Estado!
 Mas qué nuevo esplendor...! pero el destino
 Me cierra airado las bronceas puertas
 Del porvenir oscuro, y ya mi aliento
 En lúgubre desmayo
 Desfallecerse siento.
 Pero escucho rodar tronando el rayo
 Que en Dolores retumba,
 Y los gruesos torreones y altos muros,
 Signos de esclavitud, rompe y derrumba.

Del septentrion primeros libradores,
 Corred á vuestro fin, corred seguros,
 No os arredren de Marte los furores.
 Del destino en el libro yo ví escrito

Que vuestro augusto y memorable grito
 Libertará á la patria. En vano, en vano
 Para atajar la férvida corriente,
 Que aun diques diamantinos despedaza,
 Tenderá la opresion su débil mano.
 Mis acentos oid, soberbia raza
 Del trifonte Gerion; tanta cadena,
 Tanta coyunda y hueste sanguinosa
 De nada os servirá; levanta airada
 La *Libertad* su frente poderosa,
 Y el valor y la fuerza os abandonan.

En vano negras nubes se amontonan
 A oscurecer al sol: el sol brillante
 Al esparcir su ardiente cabellera,
 Las nubes aniquila, y entre tanto
 Sigue radiante su inmortal carrera.

AL SUPPLICIO DE MORELOS.

¿Qué es el cadalso, cuyo solo nombre
 Terror infunde al corazon mas fuerte?
 Es del perverso ignominiosa muerte,
 Seguro dique á la maldad del hombre.

Paz y quietud la sociedad desea,
 Y sus inmensos bienes asegura
 Cuando del criminal la sangre impura
 Sobre el cadahalso fúnebre gotea.

Mas si á los héroes de inmortal memoria
Sobre él furioso el déspota presenta,
No es el cadahalso, no, del héroe afrenta;
Es el templo y el trono de su gloria.

De verdugos cercado así fallece
Tu vengador ¡oh patria! el gran Morelos;
Mas voló del cadahalso hasta los cielos,
Y en el orbe su gloria resplandece.

Tú eras, Morelos, la terrible espada
Que Anáhuac levantó contra el tirano,
Gozóse al verte el suelo mexicano,
Y tembló la opresion amedrentada.

Tú eras de libertad el soplo ardiente
Que disipar la servidumbre pudo,
Pero obstinado el español sañudo
Alzar te vió la aterradora frente.

Y un patíbulo atroz te preparaba
Su mano con mortal desasosiego,
Creyendo así extinguir el sacro fuego
Que la naciente libertad brotaba.

Tú, ageno de temor le combatiste:
Coronó tus esfuerzos la victoria;

¡Pero con tanto afan, con tanta gloria
La infamia de tres siglos sacudiste?

Raidas fueron tus sagradas manos
Que por la patria amada combatian:
Raidas sin piedad sangre vertian,
Que no sació el rencor de los tiranos.

Tu sangre en el cadahalso derramada
El primero fué de tus gloriosos hechos;
Mas no el suplicio abate heróicos pechos,
Tu sangre con furor será vengada.

No en vano resonó doliente grito
Que lanzaste al morir; grito terrible,
Que del fiero español aborrecible
Hasta el nombre feroz dejó proscrito.

Aquel grito postrero de agonía
Mirad, nos dice, de mi sangre el lago;
Y despertó la patria, y á su amago
Se desplomó la horrenda tiranía.

¿Oiste los tristísimos acentos
 Con que tu dulce nombre al aire daba?.....
 ¿Por qué tan larga ausencia? ¿no sabías
 Que con tu alegre vista los placeres
 Al alma de Heloisa anunciarias?
 Ven á mis brazos, ven: en adelante
 ¿Qué pecho habrá tan bárbaro y tirano
 Que arranque de ellos á mi tierno amante.....!
 Esta tu hermosa mano,
 ¿Por qué, dime, Abelardo, está tan fría?
 No así se hallara cuando en otro tiempo
 Halagaba la mia:
 Ardiendo entonces de placer temblaba.
 ¿Por ventura cruel se habrá agotado
 Aquella sensacion que te agitaba?
 ¡No respondes, mi bien? Abre, Abelardo,
 Abre esos ojos: sobre mí derrama
 La deliciosa llama
 Que enciende su mirar, verásme al punto
 En ella sumergida,
 En abandono tierno estar bebiendo
 El deliquio suavísimo que inspira;
 Y mis miembros se irán languideciendo,
 Hasta verme morir desfallecida
 De placer y de amor..... ¿aun no los abres?
 Abrelos un momento, que yo ansiosa

A DON

ANDRES QUINTANA ROO.

En el momento de recibir el cadáver de Abelardo, despues de muchos años de separacion, creyéndole vivo, le habla del modo siguiente su amante

HELOISA.

¿Conque ha llegado el venturoso dia
 En que mi caro bien compadecido
 Viniese á consolar la pena mia?
 Vuelva á mi triste pecho la alegría:
 Léjos vayan las voces del gemido.
 Adorado Abelardo: ¿te han herido
 Mis dolorosos gritos, mis lamentos
 En esa soledad que te ocultaba?

Sus luces gozaré, sus luces bellas,
 Aun mas que las del sol; me harás con ellas
 La mujer mas dichosa.
 ¿No los quieres abrir? ¿ó por ventura,
 Fingiéndote dormido, solo esperas,
 Para pagar mis ansias verdaderas,
 Aun mas fina expresion en mi ternura?

De besos ardorosos
 Tu boca celestial están llenando
 Mis lábios temblorosos;
 Abre tambien los tuyos, inflamando
 Los besos que me des con aquel fuego
 Tan grato que infundia
 Tu lábio al lábio mio,
 Y ardiente por mis venas se esparcia
 Convirtiendo mi amor en desvarío.

No me atiende Abelardo, é insensible
 Se muestra á mis caricias;
 Ya no quiere colmarme de delicias.
 ¿No me dijiste un tiempo: *irresistible*
Es la fuerza, mi bien, de tus encantos?
 ¿Cómo resistes ahora halagos tantos?
 ¿Dejaste de sentir! ¡oh dura suerte!
 Tu corazon inmóvil no se agita.

Ven, ingrato, á mi pecho, ven, y advierte
 Con qué rigor palpita,
 Cuál se levanta mi ferviente seno,
 Cuál te recibe de entusiasmo lleno.

¿Así pagas mi amor, mi amor vehemente?
 ¡Oh cuán distintos somos! yo impaciente,
 Loca y rabiosa porque no te via,
 Por estos claustros con furor corria,
 Ciega, desesperada, sin sosiego,
 Arrebatada del ardiente fuego
 Que en mi angustiado pecho no cabia.
 Despedacé las flores que me ornaban,
 Arranque con mi mano mis cabellos,
 Rasgué mis vestiduras;
 Frenética trepaba á las alturas,
 Y en las mas encumbradas repetia
 El nombre de Abelardo furibunda,
 Y el monte á mi clamor se estremecia,
 Los vientos se agitaban,
 Y del claustro las bóvedas temblaban.

¡Oh desesperacion! ¡y el caro objeto
 De amor tan fino y de pasion tan ciega,
 Aun á escuchar mi queja lastimosa
 Empedernido y bárbaro se niega?
 Si el tiempo que pasó volver pudiera,

¡Cuántas finezas de su boca oyerá!
 ¡Cuántas caricias sus hermosas manos. . .!
 ¡Qué horror. . . ¡ya los gusanos
 Se apoderaron de ellas? ¡ah! lo entiendo:
 ¡Conque este caro objeto que estoy viendo
 Ha sido presa de la muerte dura?
 ¡Muerte feroz! ¿tan pronto en esta vida,
 Para cubrir mi pecho de amargura,
 Asentaste la mano enfurecida?

¿Por qué ¡oh muerte! con funesta saña,
 En la doliente mía no probaste
 El rudo herir de tu fatal guadaña?
 ¿Por qué solo á mi amor arrebataste?
 Hirieras á los dos, que sin mi amado
 La existencia aborrezco y me horroriza.
 ¿Por qué, Abelardo mio,
 Por qué has muerto, mi bien, sin tu Heloisa?
 Dime, dime, cruel, ¿no te ha bastado
 El acerbo dolor que me atormenta?
 ¿No el ver los ojos míos,
 Los ojos míos que adoraste un día,
 Sin esplendor ya hundidos
 Por la angustia que sufre el alma mía?
 ¿Ni el contemplar mi rostro desecado,
 De las amargas lágrimas cubierto,

Con que te llore ausente?
 ¿Y quieres que tambien te llore muerto?
 Abelardo, Abelardo: ¿no me atiendes?
 Abelardo, mi bien, dulce Abelardo,
 ¿Al ardor que me agita no te enciendes?
 Anímate, amor mio, y torne al punto
 Tu sangre á recobrar su antiguo giro;
 Respira el suave aliento que te inspiro,
 Anímate, Abelardo, ya tu frente
 Estoy bañando con mi soplo ardiente;
 Anímate á mi queja dolorida.
 ¿No es bastante mi amor á darte vida?

No, no es posible, no: ya aquellos ojos
 Que llenaban al mundo de alegría,
 Y daban vida y sér al alma mía.
 No tornarán á abrirse; aquel acento
 Que regalado y blando agité el viento
 Con su dulce sonido,
 A halagar no vendrá mi triste nido.

Muerte horrible y atroz, pudo tu saña
 Arrancar á Abedarlo de la vida.....
 Pero no de mis brazos. De él asida
 Duramente estaré: sobre mi cuello
 Estrecharé sus manos amarillas,

Sus lábios en mis lábios,
 Y su pecho en mi seno... los gusanos
 Que van subiendo ya por sus mejillas,
 Cebaránse en mis carnes macilentas,
 Así como en las suyas; y en dejando
 Los descarnados huesos solamente,
 Entónces nuestros secos esqueletos
 Al furor de la muerte no sujetos,
 Quedarán abrazados fuertemente.

A UNA HERMOSA.

¿Dónde está la quietud que gocé un día?
 ¿Dónde está la quietud en cuyo seno
 Tranquila reposaba el alma mía?
 Jamas de envidia el roedor veneno
 Mi pecho atormentó, ni me moviera
 Con su aliento fatal codicia fiera,
 Ni el soplo atroz de la ambicion sangrienta.
 El curso de mi vida hilaba lenta
 La mano de la parca; en dulce calma
 Viera correr mis dias, y ora ¡oh triste!
 Hermosa situacion, ¿dónde te fuiste?